

— Mi poder es limitado. Sin embargo puedo hacer algo, como la luciernaga puede hacer ver un precipicio. Pero es necesario que pongas en mí tu confianza.

— La confianza engendra confianza. Yo no puedo concederla sin saber á quien y para qué.

— No hables tan alto, dijo la voz bajando el tono.

— Ayer, dijo Julian, me decias que mi compañero no despertaria en tanto que estuvieras aquí.

— Y hoy no respondo yo de que no despierte.

Oyóse al mismo tiempo la voz ronca y discordante del enano que preguntaba á Julian por que hablaba de ese modo, por que no dormia, y no dejaba dormir á los demas; en fin, si la vision de la noche anterior habia vuelto.

— Si dices que sí, dijo la voz en un tono tan bajo que Julian dudaba si era un eco de su mismo pensamiento, si pronuncias la palabra sí, me voy para no volver jamas.

En una situacion desesperada se recurre á

remedios extraños; y aunque Julian no pudiera calcular que suertes ventajosas podria ofrecerle tan singular correspondencia, no queria dejarlas escapar. Respondió pues al enano que habia despertado con un sueño medroso.

— Lo hubiera jurado segun el sonido de la voz en que le oí hablar, dijo Hudson. — Ahora pues, pregunto á vm., ¿no es extraordinario que vms., hombres demasiado altos, carezcan de aquella firmeza de alma que tenemos nosotros los vaciados en un molde que nos da una forma todavia mas compacta? Mi voz conserva su acento varonil en todo trance. El doctor Cockerell dice que los hombres, sea cual fuere su talla, tienen las mismas proporciones de nervios y fibras; pero que la naturaleza las hila mas gordas ó mas sueltas, segun la extension de la superficie por donde deben esparcirse. De aquí resulta que las criaturas mas pequeñas son, por lo comun, mas fuertes. Ponga vm. un escarabajo debajo de un candelero grande, y el insecto le hará moverse por sus esfuerzos para recobrar su libertad; lo que, para seguir la comparacion, viene á ser lo

mismo que si uno de nosotros hiciera bambolear, por semejantes esfuerzos, la carcel de Newgate. Segun esto, los gatos y las comadrejas tienen los nervios mas vigorosos, y mas arraigados los principios vitales que los perros y carneros. Puede vm. notar, en general, que los hombres pequeños bailan mejor, y se cansan menos con los esfuerzos de cualquier género que sean, y puede ver tambien que los altos necesariamente se hallan como aplastados con el peso de su misma estatura. Le respeto á vm., señor Peveril, porque me han dicho que ha dado una leccion á uno de esos picaros gigantes que hacen de persona, como si su alma fuese mayor que la nuestra, porque su nariz se levanta hácia el cielo algunas pulgadas mas que la de los otros; pero, con todo eso, no debe vm. envanecerse por la victoria, como de una cosa muy extraordinaria. Conviene sepa vm. ha sido siempre lo mismo, y que la historia de todos los siglos nos presenta al hombre pequeño, listo, vivo, vigoroso y siempre mas fuerte que un antagonista gigantesco. No necesito mas que recordar á vm., en las escri-

turas santas, la caída célebre de Goliath, y de otro gambalua cuya mano tenia mas dedos, y la talla mas pulgadas que debe tener un hombre de bien, muerto á manos de un sobrino del rey David. ¡Cuántos otros podria yo citar á vm., si me acordase de sus nombres! Pero lo seguro es que todos eran Filisteos, porque puede vm. notar en la historia tanto sagrada como profana, que los tales gigantes son, por lo comun, hereges y blasfemos, opresores y salteadores, tiranos del bello sexo y rebeldes á la autoridad legítima, tales eran Gog y Magog, de quienes refieren nuestras crónicas auténticas haber sido muertos cerca de Plimouth por el valiente caballero Corineo, de quien el condado de Cornouailles ha tomado el nombre. Tambien Ascaparto fué vencido por Bevis, Colbrand por Guy, como Southampton y Warwick pueden dar testimonio. Tal fué tambien el gigante Hoel muerto en Bretaña por el rey Arturo. Y si Rience, rey de la parte setentrional del pais de Gales, á quien mató el mismo príncipe, digno campeón de la cristianidad, no era lo que literalmente se puede lla-

mar un gigante, es evidente que no valia mucho mas, pues que se necesitaron para guarnecerle la capa veinticuatro barbas de reyes, y entonces se llevaban las barbas cuanto largas eran. Por consecuencia, calculando cada barba á razon de diez y ocho pulgadas, porque no se puede conceder menos á una barba real, y suponiendo que no se guarneci6 mas que lo correspondiente á los embozos, como lo hacemos cuando nos servimos del armiño, y que el forro del resto de la capa, en lugar de pieles de gato montés y de ardillas, se hubiese echado de barbas de duques y otras dignidades inferiores, veremos que... voy á formar el cálculo, y le daré á vm. el resultado mañana por la mañana.

Para el que no sea ni filósofo ni périto en hacienda, no hay un soporífero mas eficaz que un cálculo de números, y, estando en la cama, el efecto es irresistible. Durmi6se pues sir Geoffrey calculando cual era la talla del rey Rience, segun la supuesta longitud de su capa. Si no hubiera venido á parar á este cálculo abstracto, no se puede saber cuanto tiempo

hubiera discurrido sobre la superioridad de los hombres pequeños, materia de tanta importancia para él que, por muy considerable que sea el número de relaciones de esta clase, nuestro enano habia reunido una relacion casi completa de historias romancescas ó verdaderas de victorias que contra los gigantes habian ganado.

Luego que los oidos de Julian le dieron pruebas no equivocadas de que se habia vuelto á dormir su compañero, escuchó con la mayor atencion, en la esperanza de oir de nuevo la voz misteriosa que le interesaba al tiempo que le sorprendia. Aun cuando Hudson hablaba, en lugar de prestar atencion á los elogios que hacia de los hombrecillos, tenia el oido alerta para que no se le escapara el menor ruido que pudiese hacerse en el cuarto, de modo que apenas creía ó le parecia posible volara una mosca sin oir el ruido que hacia con las alas. Con que si este avisador invisible era un habitante de este mundo, y el buen juicio de Julian no le permitia separarse enteramente de esta idea, no podia haber salido del cuarto, y

renovaria sin duda la conversacion. Pero se frustró la esperanza de Peveril: no le anunció, ni el mas pequeño ruido, la presencia del ser que le hacia visitas nocturnas, y parecia resuelto á guardar silencio, si todavia estaba en el cuarto.

En vano se sonó Peveril las narices, tosió, y probó de todos los modos posibles para dar á conocer que no dormia: todo fué inutil, y en fin se aumentó su impaciencia hasta tal punto que resolvió hablar el primero, esperando renovar la conversacion.

— Cualquiera que seas, dijo bastante alto para que le oyera un sugeto despierto, pero bastante bajo para no turbar el reposo de su compañero dormido, cualquiera que fueres y ser pudieres, pues que has manifestado algun interés en la suerte del desgraciado Julian Peveril, háblame mas, aunque tengas que hacerme saber la dicha ó la adversidad, y está seguro que me hallo dispuesto para sobrellevar uno y otro.

No se le respondió á una invocacion tan efi-

caz. Ni el menor ruido indicó la presencia del ser á quien la dirigia.

— Hablo en vano, dijo Julian, y tal vez invocó un ser extrangero á los sentimientos que animan á los hombres, ó que tiene un placer maligno en ver sus padecimientos.

Dejóse oír un leve suspiro medio contenido en un rincon del aposento, como si debiera servir de respuesta correspondiente á esta exclamacion, y desmentir la acusacion que expresaba.

Julian, naturalmente animoso, y comenzando á familiarizarse con su situacion se sentó en la cama, y extendió los brazos, como para proferir un nuevo conjuro. Pero como si los ademanes y la energía de Peveril le hubiesen hecho concebir algun sobresalto, exclamó la voz en un tono mas agitado que el oído hasta entonces: — No te muevas, estate quieto y sino callaré para siempre.

— Con que es un ser mortal el que está conmigo, dijo para sí Julian, como era natural. Es alguno que probablemente recela se le descubra, y por consecuencia tengo sobre él algun

ascendiente, aunque no debo emplearle sino con precaucion. Si tus intenciones son buenas, dijo, no hubo jamas un tiempo en que yo tenga mas necesidad de amigos, en que un servicio que se me haga haya merecido mas mi gratitud. El destino de todo lo que amo está en balanza, y yo compraria por el precio del universo todo la certeza de que nada tengo que temer con respecto á este asunto.

— Ya te dije que mi poder es limitado, respondió la voz. Puedo tal vez salvarte á tí, pero el destino de todos tus amigos no depende de mí.

— Házmele conocer á lo menos, dijo Julian, y, sea cual fuere, no temeré participar de él.

— ¿Y quién son esos cuya suerte tanto te inquieta? preguntó la voz temblando algun tanto, como si hubiera hecho con repugnancia esta pregunta, y como si temiera oír su respuesta.

— Mis padres, respondió Julian, despues de haber titubeado un poco, ¿cómo están? ¿cual será su destino?

— Están como la fortaleza bajo la que abrió

el enemigo una mina terrible. Los trabajos pueden haber costado años á los mineros, tantos eran los obstáculos que necesitaban superar; pero el tiempo trae la ocasion sobre sus alas.

— Y, ¿cual será el suceso?

— ¿Puedo yo leer en el libro del porvenir? no puedo juzgarle sino comparándole con lo pasado. ¿Quienes son los perseguidos por esos crueles é infatigables delatores, que por fin no han sucumbido bajo el peso de sus acusaciones? ¿Un nacimiento noble é ilustre, una vejez respetable, y una benevolencia universalmente reconocida, han podido salvar al desafortunado lord Stafford? ¿De qué le ha servido á Coleman su ciencia, su genio intrigante, el favor de que gozaba en la corte, y su puesto de confidente del heredero presuntivo de la corona de Inglaterra? ¿El talento, la sutileza y todas las diligencias de una secta numerosa han conservado la vida de Fenwicke, á Whitbread y algunos de los demas clérigos acusados? ¿La oscuridad de Groves, de Pickering y otros miserables, les ha servido de salvaguardia? Ninguna

condicion, ningun talento, ningun principio puede proteger á nadie contra una acusacion que iguala todos los rangos, que confunde todos los caracteres, que muda las virtudes en crímenes, y que mira los hombres como tanto mas peligrosos cuanta mas influencia tienen, aunque la hayan logrado del modo mas honorífico, y que no la hayan ejercido sino con recititud. Acusa tú á quien te se antoje por cómplice de la conspiracion, haz que depongan contra él Oates ó Dugdale, y el menos previsor pronosticará el resultado.

— ¡Profeta de la desdicha! pero mi padre se cubre con un escudo que le hará invulnerable: él está inocente.

— Haga valer su inocencia en el tribunal de Dios: poco le servirá en el que preside Scroggs.

— Sin embargo nada temo, dijo Julian afectando mas confianza de la que tenia en realidad; la causa de mi padre se verá en presencia de doce jurados ingleses.

— Mejor seria que se viera delante de doce bestias feroces que de Ingleses poseidos del espíritu de partido, de las pasiones, las preocu-

paciones, y el terror epidémico de un peligro imaginario.

— Tus discursos son de mal agüero dijo Julian, y tu voz se puede poner en paralelo con la del mochuelo, y con la de la campana que toca á muerto. Háblame sin embargo, y dime si puedes, si... El queria hablar de Adelaïda Bridgenorth, pero no le fué posible pronunciar su nombre.

— Dime, continuó él, si la noble familia de Derby....

— Quédese sobre la cumbre de su roca como el pájaro del mar durante la tempestad, y tal vez podrá ser encuentre un asilo en ella. Pero hay sangre en su armiño, y la venganza la persigue muchos años ha, como un sabueso separado de la presa por la mañana, pero que aguarda cogerla antes de ponerse el sol. Además esta familia está en seguridad por ahora. ¿Te hablaré de tus propios asuntos, en que te va nada menos que la vida y el honor, ó de cierta persona cuyos intereses preferirías á los tuyos?

— Hay una persona de quien me separaron

ayer por violencia. Si supiera que se halla en seguridad, no me importaría nada la mía.

— ¡Una! ¡nada mas que una!

— Y esta separacion me arrebató toda la felicidad que podia prometerme este mundo.

— Quieres decir, Adelaida Bridgenorth, dijo la voz con la mayor amargura. No la verás mas: es preciso echarla en olvido. Tu vida y la suya dependen de esto.

— No puedo yo comprar la vida á tanto precio.

— Muere pues en tu obstinacion, respondió el ser invisible. Y todas las súplicas de Julian no pudieron lograr que pronunciara otra palabra en todo el resto de la noche.

CAPITULO IX.

Un hombrecillo, es verdad,
Mas lleno de vanidad.

ALLAN RAMSAY.

Estaba Peveril tan turbado por la partida del ente invisible que le visitaba, que le fué imposible disfrutar del sueño por bastante tiempo. Se prometió descubrir y entregar el demonio nocturno que no venia para interrumpir su sueño, sino con el intento de añadir hiel á